

Discurso con ocasión de los
30 AÑOS ESCUELA DE PERIODISMO

Aula Magna.

Noviembre 19 de 1991.

(Ad modum manu scripti)

Este aniversario de la Escuela de Periodismo ofrece una ocasión apropiada para profundizar sobre el rol de un actor social tan importante como es la prensa frente al problema de apremiante actualidad que es la violencia. Una universidad tiene la ventaja de que en ella se puede levantar la mirada por encima de la coyuntura y de sus urgencias, para explorar de manera metódica el rol de los medios de comunicación, enfrentados a esta cruel amenaza a la convivencia humana en nuestro tiempo y en nuestro propio país.

No podría yo referirme con ninguna propiedad al tema mismo de esta reunión, que no es ni la prensa ni la violencia, sino la relación entre ellas. Sin embargo, invitado a dirigir unas palabras, quisiera hacer algunas reflexiones o comentarios generales sobre el tema de la violencia, comentarios que viniendo de alguien que no es un entendido en ciencias sociales o humanas no aspiran a ser muy certeros u originales, pero que pueden ser tomadas como un saludo a una fecha tan importante como es para la Universidad, esta de los treinta años de su escuela de Periodismo, y de reconocimiento a la profunda seriedad del tema que los reúne.

Me gustaría esbozar primero un panorama - muy subjetivo, por cierto - de la violencia en este siglo.

Quiero llamar la atención sobre algún paralelo que advierto entre el fin del siglo XIX y el fin del siglo XX.

Alrededor del 1900, a pesar de los densos nubarrones que se veían cubrir el horizonte, la intelectualidad, y sobre todo los agentes sociales más notorios, publicistas, políticos, etc., estaban confiados en que la política del equilibrio de poderes entre las grandes potencias combinada con el progreso cultural y científico indefinido, y el consiguiente adelanto social, habrían de permitir la

superación de un pasado de conflictos que habían pesado tanto en el terreno político y social.

Hoy, cuando nos acercamos al término del siglo XX, se hace de nuevo muy fuerte, en los mismos géneros de círculos, la convicción de que hay mecanismos que pueden asegurar la armonía social, así como hay medios para afianzar un orden internacional que destierre la amenaza estremecedora de la guerra.

Hay ciertamente un paralelo que se puede establecer entre ambos "fines de siglo". Y aún refuerza el paralelo, el hecho de que en ambos períodos, el optimismo de la sabiduría oficial haya sido rechazado por pensadores "malditos" que le eran marginales, y desmentido por la ferocidad de los brotes de violencia irracional, especialmente terrorista.

Pero entre estos dos períodos de respiro y de cauteloso optimismo, así como de cierta confianza en la racionalidad de las decisiones humanas, se tiende como un arco todo el horror del siglo XX: las dos guerras mundiales; atroces revoluciones ideológicas como el comunismo y el nazismo; guerras civiles con todo su cortejo de horror y de odio; escalofriantes genocidios como el Holocausto; o como el perpetrado en Biafra (¿Cuántos jóvenes de hoy se acuerdan de Biafra y de sus millones de muertos?) o como los hambreamientos deliberados o la simple matanza de poblaciones enteras en Africa o en el sudeste asiático; o las crudelísimas represiones políticas; o una delincuencia organizada que no sólo se ha apoderado por momentos de grandes ciudades y de países importantes, sino que ha extendido sus garras para cubrir a conjuntos de naciones como en el caso de la mafia o del narcotráfico, envueltos además en una nube de corrupción; o un terrorismo despiadado, estrechamente ligado a las formas más brutales de la delincuencia, asesinatos o secuestros como los que aun hoy cubren de vergüenza a nuestro propio país: en fin, centenares de millones de muertos, devastaciones físicas y morales sin paralelo en la historia. Y todo este horror, se ha ido desarrollando ante testigos, cada vez más inmediatos, que han terminado acostumbrándose, asistiendo al espanto como a un espectáculo, siguiendo la masacre de la guerra del Golfo desde el living de sus casas, olvidándose a la mañana siguiente de los hechos crueles que se vieron ayer, y que son sustituidos cotidianamente por otros nuevos.

¿ Cómo no ver en esto, no diría yo de ninguna manera una forma de legitimación de la violencia, pero sí una anestesia frente a ella en sus formas más crueles y persistentes ?

Y cabe entonces la pregunta ¿qué fué de las esperanzas de comienzos de siglo? Y la pregunta, que es más angustiosa todavía ¿qué puede llegar a ser de las esperanzas de este fin de siglo que vivimos ahora, esperanzas que quisiéramos que los jóvenes y los niños de hoy recogieran como realidades mañana?

Creo que esta es la gran paradoja de este siglo. El ha estado enamorado de la paz, y la ha tenido a la mano, ha poseído los medios para procurársela, y el deseo vehemente de hacerlo; y sin embargo ha vivido hundido en el fango sangriento de la violencia. No pretendo resolver la paradoja. Pero hay quienes han descubierto una esquina siquiera del velo que cubre el ser propio de la violencia, que han visto lo que de ella permanece oculto en la existencia cotidiana, y yo quisiera evocar el recuerdo de tres grandes visionarios que pueden ayudarnos a mirar.

La época actual es la época de la crisis en el sentido de los valores, de la coexistencia de sistemas de valores contrapuestos. La causa de esta contradicción y sus consecuencias, fueron desarrolladas en toda su desnuda fuerza por uno de los grandes visionarios del siglo pasado que fue Federico Nietzsche.

En la *Gaya Scienza* (*Fröhliche Wissenschaft*) (n 14), pone el problema con toda claridad, al decir: " Como las condiciones para conservar una colectividad han sido muy distintas en los distintos casos, así también se han dado morales muy distintas; y se puede profetizar que se darán todavía muchas morales divergentes". Y en "*La Voluntad de Poder*" (Introd. n3), afirma "Tenemos necesidad...de nuevos valores".

Pero Nietzsche comprendió que la voluntad de verdad descansa sobre el suelo de la moral, (FW 90). Y para él la pregunta- fundamental a su siglo - de "¿por qué (o para qué) la ciencia ?", (la ciencia que vive en último término de las nociones de verdad y de veracidad) "...remite al problema moral: "por qué la moral, en circunstancias de que la vida, la naturaleza, la historia, son "inmorales". No hay duda de que aquel hombre que es veraz en ese sentido último y torcido *que constituye el supuesto necesario de la fe en la ciencia*, ese

hombre está afirmando un mundo que es distinto del mundo de la vida, la naturaleza y la historia, y en la misma medida en que afirma aquel otro mundo....está obligado a negar este mundo, nuestro mundo...." (FW 90)

Los valores que a partir de esta postura se afirmen, *no pueden ser expresión de una voluntad de verdad a la que se reprueba, sino de la pura "voluntad de poder"*: "Lo que el hombre quiere, lo que quiere la más pequeña parte de un organismo viviente, es una mayor cuota de poder" (WzM 321), o "...el criterio de la verdad se halla en el incremento del sentimiento de poder...." (wzm 251)

Pero ese poder no es en último análisis, una forma vulgar de dominio:

"Aquel que determina los valores y el querer de los milenios....ese es el hombre superior..."(wzm 460)

Pero Nietzsche no se hace ilusiones sobre quienes son de hecho los que obran así como "hombres superiores"

"...sólo los individuos se sienten responsables. Las muchedumbres fueron inventadas para hacer aquellas cosas que los individuos no tienen el coraje de hacer. Por lo mismo, las colectividades, las sociedades son cien veces más honestas e instructivas sobre el ser del hombre que lo que son los individuos, los cuales son demasiado débiles para tener el coraje de sus deseos...." (wzm 326)

El estilo aforístico y cargado de paradojas no puede esconder la lógica implacable del pensamiento : no hay valor en la verdad; no lo hay, hasta el punto de que la voluntad de verdad es la negación de la vida; hay que crear nuevos valores que correspondan al impulso básico de la voluntad de poder; esa creación de valores nuevos es la tarea del hombre superior, y de hecho, quienes mejor pueden cumplir esa tarea son las grandes multitudes, las que imponen, extienden una manera de pensar y de sentir.

Ese es el siglo que Nietzsche preveía. Se parece mucho al siglo que efectivamente sobrevino.. Se ha buscado crear valores, seducir a los hombres para que los sigan, a menudo engañarlos, obligarlos si fuera necesario, sumarlos a todos a la tarea de engaño colectivo. Pero todo este horror de fraude y de violencia, se halla basado en último término en el hecho de que se niega el sentido y el valor de la verdad.

La forma más seductora de seguir ese camino ha sido la de reemplazar la verdad por el consenso, olvidándose de que el consenso, el "sentir juntos", si no emana de la verdad, es simplemente otro de esos valores, que son hijos de la voluntad de poder.

En ese punto, yo creo que tocamos la más profunda herida del alma contemporánea que es su indecisión frente a la verdad. Es paradójico que mientras más seguro se siente el hombre de alcanzar verdades parciales de notable profundidad y precisión, más escéptico se halla ante la idea de que esas verdades tengan un sentido global el cual les confiere su consistencia.

Hay todavía otro visionario de fin del siglo XIX cuya voz valdría la pena escuchar. Es el teólogo y filósofo ruso Vladimir Soloviev.

El pensamiento de Soloviev, siempre profundo, fué a veces especialmente penetrante. Alrededor de 1900 pensó en nuestra propia época, en este tiempo en el que vivimos nosotros. Pensó que en nuestros días la humanidad vendría emergiendo de la época de las grandes guerras mundiales (las que en su propia época se hallaban todavía lejos); e imaginó que se crearían los Estados Unidos de Europa y se establecería la búsqueda subsiguiente, deliberada y sistemática de paz, concordia y progreso universales. Y dijo sin ambages, que por allí no había propiamente ninguna solución. Y previó una enloquecida exacerbación de las pasiones más destructivas.

Y la razón de fondo para esa conclusión, es que los seres humanos somos ingenuos frente al mal. La insinuación es interesante porque para Nietzsche por ejemplo, el mal - tal como lo entendemos nosotros - no tenía propiamente significado. Pero para nuestra época, luego del holocausto del pueblo judío, después del Gulag y de tantas tragedias, las cosas ya no son tan claras y nos preguntamos si el trágico filósofo alemán advirtió el horror del abismo cuya presencia estaba denunciando.

Uno de los personajes en los "Tres diálogos" de Soloviev, pregunta: "¿Es acaso el mal tan solo un defecto de naturaleza, una imperfección que desaparece por sí misma con el desarrollo del bien, o es acaso una fuerza efectiva que domina en el mundo por medio de sus lisonjas de tal modo que una lucha contra él debe buscar apoyo en un orden de existencia diferente ?" Lo que en su propio pensamiento equivale a decir que si efectivamente Dios ha intervenido en la

historia, no se puede relegar su intervención al plano de las hipótesis , sino que ella constituye la más real de las realidades . Y si Dios intervino e interviene en la historia, el suplicio de la Cruz da la medida de cuán grande es el peligro del que el hombre necesita ser salvado, y cuán ingenua es la idea de que sus propias fuerzas le bastarán para vencer.

Es inquietante ver como Soloviev diseña la figura del Anticristo. Se parece mucho al apóstol de una cristiandad que quisiera disolver el hecho objetivo de la salvación en una aspiración tras "valores" deseables por los hombres. Pero hay un aspecto aun más inquietante en el boceto que hace Soloviev, y es que su descripción del Anticristo se parece en mucho a lo que sabemos sobre el modo de sentir del propio filósofo, en cuanto a sus convicciones, preferencias y doctrinas. Es algo así como si quisiera decirnos que esa encarnación de lo malo, la llevamos potencialmente dentro, todos nosotros, y él, por supuesto, el primero; y que el problema de la universal paz y armonía, no radica en superar una ignorancia del mal sino en hacer una decisión radical por el bien, y específicamente por aquel Bien que nos trasciende, decisión que posee toda la fuerza y sufre toda la fragilidad de las opciones libres.

Quiero cerrar esta especie de tríptico de grandes visionarios en el tema de la violencia social, recurriendo a uno mucho más remoto en el tiempo, pero siempre actual, a Dante que recogió en los cantos del infierno una vieja y siempre instructiva sabiduría moral.

Hay un sitio del infierno que está reservado a los violentos. (Inferno, cantos 11 y ss). No son los iracundos: estos se hallan más arriba. No son los fraudulentos ni los traidores: ellos se encuentran más al fondo.

Pero lo propio de la violencia es para el poeta, la fuerza ejercida *teniendo como fin la injusticia* (Inferno, canto 11). Allí, en esos círculos se juntan los blasfemos que desprecian a Dios y a sus obras; los suicidas que rechazan la envoltura corporal que fue su condición de vida; los homicidas; los que desprecian y despilfarran sus propios bienes; los sodomitas que pervierten la naturaleza de la creación de Dios. En una palabra, los que violentan a Dios o a su obra, al hombre o a su obra.

Cada uno de ellos sufre una pena que es exactamente el retrato de aquello que fue lo esencial en su pecado; y cada uno, (impenitente, al fin en el infierno), profiere un discurso mentiroso en el que trata de desviar la atención del poeta

apartándola del horrible núcleo de su mal obrar y distrayéndola hacia aspectos accesorios.

Alcanzan a veces un éxito notable. Hay pocos pasajes en el poema que sean tan conmovedores, en los que el ánimo del lector se vea tan íntima y tiernamente afectado, como aquel en que Dante se encuentra con su viejo y sabio maestro Brunetto Latino (Inferno canto 15) que cubre con su discurso lisonjero, entre literario y político, la realidad de su pecado de sodomía, que lo condena a vagar eternamente a través un desierto castigado por la lenta caída de copos de fuego, porque el que negó la naturaleza, se pasará la eternidad sin ella.

El mensaje de este poema es que en la violencia, el fin de la fuerza es la injusticia, la destrucción o la negación de lo bueno. Y obviamente la injusticia tiene alguna entidad, sólo por referencia a la justicia; y esta, a la verdad.

El tríptico que he esbozado nos sugiere que los valores que no tienen referencia a la verdad serían hijos de la voluntad de poder, de un poder malvado que por medio de ellos encadena al hombre y que le impide escaparse de las redes que el mismo se tejió, un poder que es más fuerte que el hombre, aunque sea infinitamente más débil que Dios, y que halla expresión en la búsqueda deliberada de la injusticia.

Es posible que toda esta crisis de la verdad que aparece de tan radical importancia en el problema de la violencia, esté en último término condicionada por una rebeldía del conocimiento humano que quisiera progresar por sí mismo, sin necesidad de comprometer la libertad en una adhesión a las condiciones originarias de la existencia humana. Y entre esas condiciones, tal vez la primera, es que nos encontramos poseedores de un bien - el bien de nuestro propio ser - el que sin embargo no es propiamente algo que tengamos sino algo que somos y que nos ha sido dado. Sólo en la medida en que la libertad humana sea capaz de adherir a esta verdad fundamental de lo gratuito del don de la existencia, podremos fundar una convivencia que sea digna del hombre.

Sería un error metodológico grave permitir que estas consideraciones nos desviarán del estudio de los medios y maneras de erradicar la violencia de nuestro futuro inmediato. Estamos urgentemente enfrentados por el terrorismo, por el asesinato de inocentes, por ese crimen monstruoso en extremo que es el secuestro, por la delincuencia creciente en todas sus formas. Eso reclama

actitudes decididas y claras, con los elementos de juicio y los medios técnicos de los que se pueda disponer. Si no derrotamos la amenaza, ella destruirá hasta nuestra posibilidad de entenderla o enfrentarla. Sin embargo, sería un error profundo también, olvidarse de que estas fallas sociales hacen aflorar una crisis en la concepción misma del ser humano. Y creo que esta perspectiva no debe ser olvidada jamás. La tarea no es fácil. Cuando tratemos de acercarnos a ese núcleo de injusticia contra Dios y contra el hombre que está en el corazón de toda violencia, nos encontraremos igual que el Dante frente a Brunetto Latino : oíremos un cuento, seductor, distractor... y falso. Esa intuición del poeta es la imagen de la propagación de valores, movida por la voluntad de poder de la que hablaba Nietzsche; y la imagen también del futuro tan hermoso y alcanzable que proponía el Anticristo de Soloviev predicando sus valores desprovisto de raíz. Maneras de ocultar la realidad de la injusticia y de escamotearle al hombre la necesidad de hacer su opción fundamental.

Estas reflexiones de trasfondo no pueden adquirir presencia en la compleja sociedad de hoy día sino a través de múltiples mediaciones científicas, técnicas, políticas. Ellas configuran el campo de acción del periodista, ellas deben ser manejadas y adaptadas, y su empleo constituye al mismo tiempo la alegría y la responsabilidad de los profesionales de la información. Pero el mundo de hoy tiene hambre de testimonio, hambre de realidades, necesidad de hombres y mujeres que se acerquen a los demás para servirles, para acompañarlos en esta necesidad de situarse en el laberinto de su existencia; de hombres y mujeres que no utilicen a los demás ni busquen deformar sus conciencias, sino que a través de su acción profesional sean transparentes testigos de la verdad de Dios que puso su morada entre los hombres.

Hay aquí un rol esencial para una escuela de periodismo católica, porque ella se une en su campo específico de acción al mensaje gozoso y esplendorosamente optimista de la Iglesia, de que toda la realidad tiene un sentido, y que ese sentido se puede abrir al espíritu humano en la verdad, verdad sobre el mundo, verdad sobre el hombre, verdad sobre Dios. Mensaje que reanima y fortalece, porque si lo contrario fuera cierto, si la realidad careciera de sentido, también el hombre, que es parte de ella, carecería de él.

Esta universidad que es obra de la Iglesia, puede recordar que en el mismo lapso al que he hecho referencia se ha desarrollado la doctrina social de la Iglesia, insistente llamado a considerar los problemas sociales en su esencial dimensión moral, campo de acción para la libertad humana de la que he

hablado, que adhiere a la verdad. Y ello desde el día en que en Rerum Novarum, León XIII decía que el hombre "...se gobierna a si mismo con la previsión de su inteligencia sometido además a la ley eterna y bajo el poder de Dios...." hasta que en Sollicitudo Rei Socialis el Papa Juan Pablo II ponía a la doctrina social como parte de la "teología moral". Hoy he hablado de injusticia y violencia. El órgano del magisterio de la Iglesia que tiene que ver con la Doctrina Social, se llama de Justicia y Paz. Todo ello viene a decir que no hay ningún problema social cuya solución no pase en ultimo termino por la libre adhesión del corazón humano. Eso es mas difícil de hacer que de decir, y recordarlo con el testimonio debería ser el sentido y finalidad de los organismos docentes de la Iglesia.

En la medida en que esta Escuela cumpla esa misión, sus miembros podrán conocer el gozo inefable de ser fieles al Señor y el mundo será enriquecido por una contribución insustituible en su búsqueda de sentido y de verdad.